

La caja feminista

Presentación



Nora Domínguez

Comité Editorial Revista Mora. Instituto de Investigaciones de Estudios de Género,
Universidad de Buenos Aires, Argentina.
noradominguezr@gmail.com



Mónica Szurmuk

Comité Editorial Revista Mora. Instituto de Investigaciones de Estudios de Género.
Laboratorio de Investigación en Ciencias Humanas. Universidad de Buenos Aires, Argentina.
monicaszurmuk@gmail.com



Marcela Visconti

Comité Editorial Revista Mora. Instituto de Investigaciones de Estudios de Género,
Universidad de Buenos Aires, Argentina.
marcevisconti@gmail.com

El presente, el tiempo en que vivimos produce sobre nosotres y el mundo infinidad de hechos, imágenes, relatos, agrupamientos de los cuerpos, catástrofes, derrotas. También despliega y asume interpretaciones sobre el pasado. En este número de *Mora*, nos propusimos volver a pensar los 40 años de democracia que se reflejan en varias zonas de esta revista. *La caja feminista* reúne diferentes artículos que recorren lo que fueron hitos literarios, cinematográficos, teatrales, fotográficos de este período que en sus 40 años transcurrió diverso, por momentos rozando traumas e injusticias; en otros victorioso de luchas y consignas e incluso de juicios que repararon parte del dolor histórico. Los feminismos, aunque incompletos, triunfaron; se volvieron durante este siglo masivos; su colectivismo supo enfrentar diferentes tipos de violencias, militar leyes, dar vuelta discursos hegemónicos y forjar acciones en la plaza pública, hasta despuntar versos, pintar paredes con frases provocadoras, fotografiar escenas callejeras, hacer de la performance una práctica de la renovación activista, practicar al unísono gritos universales.

A 40 años de aquel momento del fin de la dictadura, este presente, sin embargo es un momento que promete injusticias, que ataca a los feminismos como uno de sus espacios de embestida creciente y peligrosa. Jóvenes diputadas del partido fundamentalista

que ocupa el poder presentan proyectos de ley para derogar la ley del aborto que ganamos en 2020 y volver a una de 1921; fuerzas de seguridad ocupan las calles para reprimir a militantes y jubilados, colas de gente reclaman sus boletos de transporte o sus alimentos, los investigadores temen por la continuidad de su trabajo. La incertidumbre, la tristeza, el temor y, lo que es peor, la pobreza, el hambre y el cierre de fuentes de trabajo se imponen. No sabemos cómo pensar este momento y jamás hubiéramos imaginado que la celebración democrática se iba a convertir en esto. Llevamos poco más de dos meses en esta pesadilla gubernamental que quiere arrasar con conquistas, derechos y torcer expectativas y deseos.

La dictadura y la posdictadura nutrieron ficciones y testimonios de todo tipo, aún hoy se siguen generando relatos que tienen a esa época como referente de nuevos sentidos. Permanecen como un depósito activo de lo narrable. La crisis del 2001 también contó con la irrupción de grupos artísticos que forjaron nuevas formas de hacer arte en circunstancias de degradación económica y desconcierto político.

Rozar, tocar las cuerdas de lo sensible son formas de amasar el tiempo. Hoy, todavía no es posible ver qué va a dar este tiempo nefasto como producción artística. Tal vez algún tono de la letra y del pensamiento esté en el discurso periodístico que se está generando, en las crónicas de lo que está transcurriendo como escenas desafortunadas del sufrimiento social, en la aparición de asambleas y en la preparación de las próximas movilizaciones. Marzo es un mes donde la presencia en las calles vibra. A fines de febrero estamos a la espera de las marchas y movilizaciones del 8 de marzo y la del 24 de marzo, nuestra celebración de la democracia. Hay poco margen para poder pensar con libertad, nuestras subjetividades están atentas aunque todavía bastante calladas. Sin duda algo se está gestando.

Probemos un camino inverso. Miremos, entonces, cómo fueron, qué intentaron decir las ficciones literarias que se enfrentaron al vaciamiento de la dictadura, las formas teatrales que ya en el título de su agrupamiento *Teatro Abierto* anteponían promesas, las fotografías que clickeaban escenas y cuerpos, o cómo una periodista situaba entre la decisión de salir de la cámara o tomar la cámara el gesto de comienzo de un tipo de cine de mujer en la Argentina de los años ochenta. No solo encontraremos en los objetos que tratarán cada uno de estos ensayos formas testimoniales de las diferentes décadas (la dictadura, los ochenta, los noventa, el nuevo siglo), formas figuradas de enlazar violencias, sexualidad y discontinuidades temporales; es decir, obras y prácticas que irrumpieron sobre los espacios para tentar las maneras de decir lo político y lo sensible y surcarlos en múltiples direcciones. Dos artículos (Punte y Diz y Roman) indagan sobre autoras (Luisa Valenzuela y Griselda Gambaro, respectivamente) que publicaron en 1976 (*Ganarse la muerte*) y en 1983 (*Cola de lagartija*) y se animaron a delinear ficciones cuyos alientos encontraban direcciones específicas para nombrar tanto el terror lopezrreguista como el de la dictadura posterior que se estaba entrenando en su operatoria criminal sobre los cuerpos. El análisis de la escritora Griselda Gambaro le permite a Tania Diz y Claudia Roman afirmar que la lectura de Gambaro es inescindible de la realidad política de esos años que produjeron destiempos muy significativos en su recepción. Así predominaron las lecturas tímidas, desviadas y hasta punitivas a través de la censura ejercida sobre la novela de Gambaro. Incluso aquellas acciones no esperables como el exilio que tuvo que decidir la escritora ante la prohibición. Como dicen las críticas, la novela *Ganarse la muerte* fue además leída y traducida al francés por las feministas de la editorial *des femmes* que ejecutaron sobre ella una interpretación de género, aun no disponible en nuestro país. El erotismo, la violencia sobre el cuerpo de una joven pobre y huérfana, su sometimiento y esclavitud, la putrefacción de la familia y otras instituciones estatales, hacen del texto de Gambaro una ficción, casi una anticipación que no dejó de ser leído por la crítica literaria feminista de las décadas siguientes pero que, en su época fue difícil digerir

y entender. En este sentido, Gambaro logra captar el horror que se está instalando combinando sexualidad, poder y grotesco y eso resultaba insoportable.

La novela de Luisa Valenzuela, *Cola de lagartija*, se refiere a los años del gobierno de Isabel Perón focalizando el horror en el personaje de López Rega demostrando cómo ese período fue la antesala del espanto y este personaje la cifra interpretativa oscura, ridícula “en varios sentidos, irreconocible como resultado de un anamorfismo”. El personaje transformista del Brujo, “megalomaniaco y violento, hiperactivo y narcisista –típico comentario suyo: “Obedezco a un ser superior que dicta mi conducta: me obedezco a mí mismo” (Valenzuela, 1983: 33)–, corporiza esa figura de la “máscara” que constituye uno de los elementos centrales para la poética de esta autora. También refiere al modo de construcción de lo monstruoso de esa época que tan bien sintetizó esta escritura. Una mujer narra y dentro de una prosa no lineal y de varias voces concreta otro contrapunto de estética, política y patriarcado. El trabajo constante de la lectura crítica habla en este presente arrastrando esos textos que revelan las exigencias biopolíticas de esas épocas.

Cecilia Sosa, Phillipa Page y Brenda Werth revierten el modo en que se ha leído el fenómeno de *Teatro Abierto* para situarlo dentro de una genealogía de intervenciones culturales y performáticas feministas. Así, *Teatro Abierto*, sigue siendo el acto de resistencia frente al terror dictatorial y un espacio de aparición de lo censurado y lo oculto pero también un núcleo donde se puede ubicar en potencia lo que serían los grupos teatrales feministas, la ola verde y el #Niunamenos. En el artículo se analizan obras de dramaturgas claves para la cultura argentina como Griselda Gambaro, Diana Raznovich, Aída Bortnik y Susana Torres Molina en las que se evidencia la conexión entre la violencia patriarcal y las prácticas represivas de la dictadura y se las conecta con intervenciones de colectivos feministas como las Gambas al Ajillo y Piel de Lava y el despliegue performático que tomó la calle en las manifestaciones feministas por la legalización del aborto y en contra de la violencia de género y el femicidio.

Otro artículo (Visconti) explora los textos sobre cine que María Moreno escribe hacia finales de los ochenta cuando se crea el Festival Internacional de Cine realizado por Mujeres “La mujer y el cine” al calor de la nueva escena político cultural inaugurada con la democracia. Desde sus intervenciones en el catálogo del evento, a la par que en la revista cultural *Fin de siglo*, la pluma de Moreno registra, y acompaña, el pulso de la transformación que alientan trabajadoras del cine y de la cultura dedicadas a “abrir una zona de circulación y de visibilidad para obras y producciones que traen al cine otras miradas y formas de experiencia”. Marcela Visconti analiza estos escritos poco conocidos que hacen ingresar la teoría feminista para politizar el campo de la significación ensayando otras formas de pensar lo que las películas hacen ver y escuchar. Cronista, crítica, ensayista, espectadora, Moreno produce nuevos marcos, encuadres, enfoques que en la época ensanchan el horizonte de pensamiento sobre el cine poniendo en tensión “lo femenino/feminista en términos de agencias y de representaciones”.

La caja feminista se completa con imágenes de la muestra “Democracia 40 años. Luchas, conquistas y asuntos pendientes. Ellas las protagonistas”, de Mónica Hasenberg (algunas de ellas pertenecientes al archivo Hasenberg-Quaretti donado a la Facultad de Filosofía y Letras en 2019), que reproducimos en estas páginas como ensayo fotográfico. Escenas y rostros capturados a través de la lente registran momentos del pasado y del presente en la lucha protagonizada por mujeres a lo largo de los últimos cuarenta años en defensa de la memoria sobre la dictadura y desde la militancia feminista. El montaje organiza un recorrido visual a partir de la reiteración de un gesto (la disposición de los cuerpos, una dirección de la mirada, la parte oculta de un rostro), produciendo un sentido de semejanza o de paralelismo en la confrontación de dos tiempos. Entre rostros y figuras colectivas, las imágenes tienden lazos que acercan

los cuerpos de mujeres que ayer y hoy ocupan las plazas y las calles. En la puesta en serie hay un gesto político que produce una genealogía.

Cerramos este dossier que imaginamos celebratorio con el pesar de hacerlo en una coyuntura política nacional muy diferente a la que deseáramos y en la que los logros conseguidos a través de duros años de luchas feministas están en debate y bajo amenaza (nuevamente). Sin embargo, quisiéramos hacernos eco de la postdata del artículo de Sosa, Page y Werth en el que las autoras recorren momentos claves de la historia de las resistencias en la Argentina (muchas gestadas bajo gobiernos represivos) y nos invitan a pensar nuevamente y de nuevo modo formas de hacer visible y escuchable el silencio. Con este dossier que muestra el brillo de la presencia, la sonoridad del silencio, y la solidaridad de la lucha y la escucha compartida buscamos colaborar en la continuidad de nuestra tan caramente conseguida democracia.